

HACIA UNA DOCENCIA CON ROSTRO HUMANO

Mtro. Mauricio Robert Díaz*
robertdi@prodigy.net.mx

“Tus verdaderos educadores, tus verdaderos reformadores
te revelan lo que es la verdadera esencia,
el núcleo verdadero de tu ser,
algo que no puede conseguirse por la instrucción
ni por la disciplina;
algo que, en todo caso, es de acceso difícil,
que se encuentra disimulado y paralizado.
Tus educadores no podrán ser para ti
otra cosa que tus liberadores”
F.Nietzsche

Introducción

En esta última década, en el estado de Yucatán y particularmente en la ciudad de Mérida, han surgido, desde diversas instancias tanto públicas como privadas, proyectos y propuestas educativas que tienen como finalidad apuntalar el sentido humanista que debe tener la docencia. Se ha creado el Depto de Desarrollo Humano en la Secretaría de Educación del estado de Yucatán, se han abierto dos diplomados sobre el mismo tema en la sede de Mérida de la Universidad Pedagógica (U.P.N.) y en la Universidad Marista, se han ofrecido varios cursos, talleres y conferencias que abordan la temática del maestro como persona, y, en general, todas estas actividades han tenido una participación entusiasta de cientos de maestros.

Hemos podido apreciar un interés de los maestros y maestras de educación básica por desarrollar su potencial humano y el de sus alumnos. Sin embargo, para que esta posibilidad pueda crecer y prosperar, debe ser apoyada con distintas actividades de formación y actualización de maestros, que pudieran abordar temas relativos al desarrollo humano en la escuela, la vida interior del docente, las relaciones interpersonales en educación, filosofía de la docencia y otros temas semejantes.

Otra forma de contribuir a lo anterior, es difundir las ideas y las experiencias de los maestros en este campo. Tal es el propósito de este ensayo, compartir las reflexiones que han surgido de mi experiencia docente, impartiendo cursos a nivel de maestría y en el diplomado sobre Docencia y Desarrollo humano que ofrece la UPN. El escrito está dividido en cuatro partes. En la primera “El malestar del maestro” revisamos algunos problemas y contradicciones sociales que han generado, una situación de malestar entre los profesores propiciando la burocratización y la deshumanización de la docencia. En el segundo apartado “Los fines últimos de la educación”, tratamos el tema de la teleología de la educación, como un aspecto fundamental para que el maestro recuerde y tenga presente el sentido trascendente de su labor, integrando y desarrollando una visión del mundo y de la vida que le permita realizar un trabajo más coherente, crítico y creativo. El tercer apartado “La herramienta de la intuición”, nos lleva a considerar ésta como una forma de conocimiento y comprensión, que puede permitirle al maestro recobrar la confianza en sus decisiones, haciéndose consciente de sus más auténticas necesidades y aspiraciones, para superar rutinas y conformismos que lo alejan de sí mismo y de sus

alumnos. Por último en la cuarta parte “La actitud dialógica”, se plantea la comunicación personal profunda como el instrumento más valioso y fecundo que tienen los protagonistas del proceso educativo, para que éste sea un camino en el cual se aprenda prioritariamente a ser y a convivir, devolviéndole así a la educación su rostro humano.

El malestar del maestro

En la actualidad los maestros enfrentan varias limitaciones para llevar a cabo su labor de manera más significativa y satisfactoria, estas limitaciones provocan que el docente se olvide cada vez más del sentido estratégico de su trabajo, esto es, de los fines últimos de donde pudieran surgir la inspiración y el sentido plenamente humano de su misión.

Las dificultades que afronta el magisterio no son exclusivas de nuestro estado o de nuestro país, ya que se trata de problemas que se manifiestan a nivel internacional(1) y cuyas causas principales revisaremos someramente:

- El trabajo del maestro está mal remunerado y carece de reconocimiento social. La docencia es considerada como una subprofesión y por lo tanto se le asignan salarios bajos que no corresponden a la dignidad, complejidad e importancia social de la profesión.

Existen demasiadas demandas y expectativas sobre la labor de los maestros. El Estado, los padres de familia y la sociedad en general, los responsabiliza prácticamente de la totalidad del éxito o del fracaso escolar de los alumnos. La sociedad no se reconoce educadora.

- El modelo burocrático, todavía vigente en el sistema educativo, auspicia el centralismo y verticalismo en las decisiones. Al maestro por lo general no se le toma en cuenta para decidir sobre las políticas educativas escolares y no se respeta cabalmente su derecho a participar en los asuntos académicos, pedagógicos e institucionales que le afectan directamente.
- Se carece de un sistema integrado de formación y actualización de docentes que ofrezca alternativas de actualización y desarrollo profesional verdaderamente significativas y pertinentes. En la formación y actualización de maestros predomina el interés técnico, en detrimento de una formación integral que trabaje también sobre actitudes y valores.
- Los Programas de estudio de Educación Básica, a pesar de las valiosas reformas que han tenido, siguen siendo ambiciosos suelen tener demasiados objetivos y recargos inútiles de información que generan un abismo entre lo que postulan y lo que realmente se logra.
- En la práctica docente se sobrevaloran los métodos y las rutinas. En los hechos los procedimientos sustituyen a los maestros olvidando que la persona del maestro y su filosofía representan el auténtico fundamento de los métodos, la pedagogía es siempre una filosofía en acto.
- Los resultados de la docencia no se pueden verificar fácilmente ni pueden darse a corto plazo. El trabajo del maestro, a diferencia de otros profesionales, por lo general no rinde frutos de inmediato, los aprendizajes y los cambios más genuinos son

personales, se gestan poco a poco y a distintos ritmos, son cambios sutiles y silenciosos, que se manifiesta a mediano y largo plazo.

- Los ambientes de trabajo son poco estimulantes o desfavorables. En muchas escuelas no existe un clima de confianza y libertad que permita el diálogo y la crítica para ir mejorando colectivamente; las relaciones se vuelven impersonales, sobrepolitizadas y de competencia.

Todas estas situaciones causan desánimo inercias e improvisaciones y propician que el maestro pierda u olvide su vocación, el significado más profundo de su labor que le permitiría encontrar el valor y la trascendencia que pueden tener todas sus actividades, aún las más sencillas y cotidianas. Los maestros reaccionan de diversas formas ante estos problemas y contradicciones.

Una parte considerable de los profesores se conforman y aceptan las situaciones como algo ante lo que no se puede hacer nada y deciden realizar su trabajo “sin pena ni gloria”. Por comodidad o por temor, aceptan el sistema burocrático y aprenden a jugar con sus reglas. Desconfían de los cambios y propuestas que no procedan de las fuentes institucionales que les son familiares y que les han permitido cierta seguridad y movilidad social. Por ingenuidad, pereza espiritual o por tener demasiado arraigados los esquemas de autoridad de la burocracia, se mantienen a la expectativa realizando una labor formal y jugando el papel de las mayorías silenciosas.

Como contraposición a lo anterior, otros grupos de profesores reaccionan al malestar docente con actitudes contestatarias, rebeldía y reclamos de todo tipo. Es muy común escuchar en reuniones de maestros un discurso, supuestamente crítico, en donde se usa frecuentemente la ideología de la descalificación y se acusa al neoliberalismo, al Estado y a las autoridades de todas las limitaciones que enfrenta el magisterio, se considera, sin asomo de autocritica, que los problemas siempre tienen un origen externo y que son fruto de la perversidad y de la manipulación de las autoridades. Este discurso se vuelve reiterativo y se agota en sí mismo porque la mayoría de las veces no se plantea seriamente la responsabilidad compartida que debe haber ante los problemas y por lo tanto no se aprecia el radio de acción(grande o pequeño), donde podríamos actuar y superar los condicionamientos y las circunstancias que generan el malestar docente.

Por otra parte, tratando de superar el maniqueísmo tan común en la política de nuestro país, existen también muchos maestros que sin ser incondicionales de las políticas y métodos oficiales o disidentes, buscan puntos de coincidencia con éstas y mantienen una posición crítica que les permite establecer las distancias y los acercamientos pertinentes, el disentir y colaborar cuando la situación lo amerite o lo requiera. Estos profesores, como señalaba A. Camus, buscan comprender y matizar; nunca dogmatizar y confundir, son conscientes de que las condiciones son difíciles y adversas; sin embargo tratan de convertir los problemas en retos y al pesimismo de la razón oponen el optimismo de la voluntad. La voluntad de recordar y encontrar, en una búsqueda y un compromiso constante, el sentido último de su labor: el propiciar y acompañar en todo momento y en cualquier circunstancia, el descubrimiento y desarrollo integral de la persona y por ende de la comunidad.

Los fines últimos

El error principal en la formación y la práctica de los maestros, es pensar que la educación es un problema técnico. Que sería suficiente si el profesor cuenta con una información básica sobre los temas que enseñará, algún método para organizar sus clases y un conjunto de procedimientos para accionar. Se considera que el fin primordial de la educación radica en la transmisión del conocimiento, en el sentido de poseer y manejar mucha información, y se olvidan los fines últimos de la educación que solamente pueden surgir de la apertura a la experiencia y de la reflexión filosófica, esto es de la búsqueda y rebúsqueda de la verdad, del pensamiento crítico y autocrítico que construye una visión unificada y coherente del mundo y de la vida, una panorámica sobre la realidad personal y social del ser humano y del mundo.

“La filosofía es algo peculiar de cada uno de nosotros, no es cuestión de técnica sino sencillamente una especie de sentido mudo, que aprecia profunda y hondamente lo que la vida significa. Sólo en parte procede de los libros; es en suma el modo específico de ver y de sentir la vida y la marcha del cosmos”(2). Los profesores requieren de un suplemento de formación filosófica y una confianza en su propia experiencia que le dé raíces y nuevos horizontes al trabajo pedagógico.

El maestro auténtico sabe que el fin último de su trabajo consiste en ayudar al alumno a construir una cosmovisión y dentro de ésta descubrir su vocación o las semillas de la misma; actúa para que el estudiante pueda conocerse y descubrirse a sí mismo y ponerse en búsqueda de la verdad, de aquello en lo que pueda creer con la mayor honestidad y sinceridad posibles, las razones por las cuales vale la pena vivir.

El maestro no es el que enseña tal o cual disciplina, sino el que enseña la PROFESIÓN GENERAL DE HOMBRE, para la cual todos los contenidos no son más que medios y complementos; Bien decía Juan Amós Comenio que las escuelas antes que nada deben ser TALLERES DE HUMANIDAD, en donde se pueda ayudar y acompañar a los niños, a los jóvenes o a los adultos a descubrir su persona, su ser espiritual, ese núcleo que hay en todos nosotros que unifica nuestra libertad y nuestra responsabilidad como seres humanos.(3)

Cuando hablamos de la búsqueda espiritual como un propósito importante de la educación, no estamos entendiendo el término en su sentido formal y tradicional de contraposición a lo material, o de un refinamiento cultural, o de algunas prácticas vinculadas a una determinada religión.

Lo espiritual sería el conjunto de ideas y situaciones (lecturas, meditaciones, diálogos, actitudes y acciones en general), que estimulan y ayudan al hombre para lograr su comprensión y transformación más profunda, que lo llevan al descubrimiento de su persona, del “yo” más íntimo y de su necesidad fundamental de comunicación y de armonía consigo mismo, con el prójimo y con la naturaleza.

El desarrollo o crecimiento espiritual -nos dice el escritor Hugo Hiriart- está encaminado a hacer más fina, más penetrante y generosa la conciencia del hombre. Es cierto que la palabra espiritual en estos tiempos hace sonreír a la gente con superioridad y desprecio, pero no por eso deja de estar menos presente en la vida de todos con una importancia decisiva.

Para lograr que su labor tenga una fibra espiritual, el maestro tiene que empezar por él mismo, iniciar o continuar su propio camino de autoconocimiento, preguntándose constantemente qué es lo que puede y debe hacer: ¿cómo hay que vivir?, ¿qué reclama la vida de él?, ¿cuál es su más auténtica vocación?(4).

Si entendemos la vocación como el encuentro y la conjugación de una libertad y un llamado (la palabra vocación procede del latín *vocatio-onis*, de *vox*: voz), descubriremos algo importante sobre la misión del maestro y el sentido de la educación, pues la búsqueda del docente no estriba solamente en algo individual, en lo que quiero o espero yo, sino también en lo que la vida reclama de mí. La docencia y la educación requieren del arte de escuchar llamados, otras voces, ya sea de nuestro interior (la conciencia) o del exterior (la ciencia, la política, el arte, la religión y otras muchas posibilidades). Desde este punto de vista el maestro ya no se preguntará principalmente, qué pueden hacer las instituciones por él, sino qué puede hacer él por las gentes y las instituciones del país.

Esto supone un profundo cambio en la visión del mundo y de la vida, en la cosmovisión del maestro, pues el eje de su vida y de sus acciones ya no estaría en su individualidad o en los intereses corporativos, sino sería lo *otro* y los *otros*: los niños, la pedagogía, sus colegas y la comunidad.

Lo más importante en la educación no es la transmisión de conocimientos parciales (informaciones, técnicas y resultados), sino el sembrar inquietudes e intereses intelectuales y espirituales de diversa índole. Si se despierta la sed, los estudiantes mismos buscarán donde saciarla. Lo fundamental en la docencia es impulsar el deseo de preguntar y de comprender, de buscar la verdad entendida ésta como una dirección que vale para el conjunto del ser, y no una dirección reductible a tal o cual momento particular. La tarea educativa se constituye, ciertamente, con la transmisión de conocimientos parciales, pero sólo adquiere pleno sentido cuando considera la existencia de una realidad humana universal, una verdad humana, la verdad del hombre para el hombre.

Desde esta perspectiva, el maestro sería un profesional que no puede conformarse, pues su destino es la búsqueda constante de la verdad, el buscar el conocimiento en la vida y la vida en el conocimiento. El docente auténtico sabe que no puede descansar en la comodidad de un dogma o en las seguridades de las técnicas establecidas, pues cada día su trabajo le presenta nuevos retos, problemas y situaciones. La educación es cambiante como la vida misma y la docencia no es una verdad patente; es algo que debemos conquistar día con día y paso a paso, un camino que se hace al andar como nos recuerda el poeta Antonio Machado.

El maestro necesita descubrir lo que la vida reclama de él, y más precisamente lo que el día concreto le pide ahora y aquí: la situación de su grupo, los asuntos y problemas significativos que presenten los niños, las posibilidades de los padres de familia, el sacar adelante la escuela mediante un proyecto compartido con sus colegas y otras muchas cuestiones que lo interpelan a cada momento y sobre las cuales tienen que tomar decisiones.

La herramienta de la intuición

La docencia genuina supone tomar decisiones de una manera libre y responsable. El hombre se hace tomando decisiones constantemente, somos la suma y la historia de

nuestras decisiones, las cuales serán mejores en la medida en que las tomemos escuchando y mirando al interior de uno mismo, pues ahí están las mejores pistas y los criterios, ahí alienta el espíritu que hay en cada uno de nosotros, lo que comúnmente se llama la voz de la conciencia, voz que es difícil escuchar porque requiere soledad y silencio y porque en la vida moderna predomina el parloteo, la prisa y el ruido.

Sin embargo hay formas para atender esa “voz”, partiendo de lo mejor de nuestra experiencia, siguiendo las coincidencias, las “corazonadas”: nuestras intuiciones.

La intuición son esas ideas y sentimientos que operan en relación con nuestras predisposiciones reales, con nuestra vocación, con nuestra creatividad (con nuestro más hondo y verdadero sentimiento): una asociación automática con nuestras auténticas necesidades y aspiraciones. La intuición es la experiencia de captar lo espiritual de manera inmediata, es un comportamiento mental inconsciente, que pone en juego las adquisiciones acumuladas por la experiencia y cuyo resultado aparece súbitamente en el campo de la conciencia, como una visión que apenas se distingue del objeto visto. Una forma de conocimiento que alcanza a su objetivo de inmediato, sin los intermediarios del discurso y el razonamiento, al margen de las deducciones.(5).

Las intuiciones no son formas meramente emocionales, vagas y subjetivas como se suele creer comúnmente; sino que representan un equilibrio entre el instinto(lo más vital) y la inteligencia, esto es, la posibilidad de darle mayor vitalidad a la inteligencia y llevar el instinto a su expresión más clara. Se trata pues de una inteligencia intuitiva, la cual es mucho más práctica y fecunda de lo que pensamos, como nos recuerda el filósofo norteamericano R.W Emerson: “Los hombres muelen y muelen en el molino de un axioma y lo único que sale es lo que allí se puso. Pero en el momento mismo que abandonan la tradición por un pensamiento espontáneo, entonces la poesía, el ingenio, la esperanza, la virtud, la anécdota ilustrativa, todo se precipita en su ayuda”(6). El seguir nuestras intuiciones nos permitirá comprender y vivir lo que Blas Pascal llamaba “las razones del corazón que la razón desconoce” y desarrollar un pensamiento y un saber más cálido y poético que trascienda la frialdad de la lógica, algo que podríamos llamar una inteligencia bondadosa.

El señalar estos aspectos, no significa de ninguna manera dejar de lado o descartar el razonamiento riguroso y sus bondades, lo que pretendemos al plantear estas reflexiones, es destacar la legitimidad de otras formas de conocer, de otros tipo de inteligencia y darles carta de ciudadanía a saberes que actualmente se ven desplazados y olvidados, debido al cientificismo(7) que impera, de manera explícita o implícita, en las instituciones educativas.

La actitud dialogica

La docencia es una relación personal mediada por el conocimiento, que tiene como premisa fundamental el diálogo, el encuentro donde se confrontan dos seres, por lo general de una madurez desigual, revelándose mutuamente su potencial y sus capacidades humanas. Si el maestro no es capaz de reconocer en el alumno a un prójimo, a un ser esencialmente igual a él; un espejo en donde vea su infancia o su juventud; una imagen que refleja sus mismas luchas, sus anhelos más profundos y la vulnerabilidad que nos es común a todos los hombres, no podrá facilitar su aprendizaje, pues las teorías y la información, sin el compromiso y el calor humano, se volverán frías y lejanas y muy probablemente se perderán.

El diálogo sólo tiene sentido, si reconocemos la pluralidad como principio de la realidad, la pluralidad es la ley de la tierra. Nuestro planeta no es habitado por el hombre sino por los hombres. Es necesario reconocer plenamente la existencia de los otros no sólo como presencias más o menos favorables ante nosotros; sino como parte esencial y razón de ser de nosotros mismos: Yo soy en la medida en que ayudo y permito que los otros sean.

El mayor reto que enfrenta nuestra educación, es que los maestros y las diversas instancias educativas fomentemos en los niños y en los jóvenes, un sentido de alteridad, esto es la capacidad de percibir a los otros y de pensar en ellos, el poder captar, empáticamente, lo que significa su experiencia.

Esta actitud no sólo facilita el aprendizaje de los alumnos, pues influye también en el crecimiento intelectual y espiritual del propio maestro como nos señala C. Rogers "Pienso que una de mis mejores maneras de aprender –pero, también, una de las más difíciles– consiste en abandonar mis propias actitudes de defensa... y tratar de comprender lo que la experiencia de otra persona significa para ella"(8). Esta comprensión empática se sustenta y se desarrolla en el diálogo, el encuentro libre y abierto, en el que dos o más personas se apoyan recíproca y respetuosamente para ser ellos mismos, para pensar y sentir con mayor claridad y así contribuir, en la medida de sus posibilidades, a comprender y mejorar el mundo.

Existen muchos maestros en Yucatán que de manera anónima y empírica (muchas veces sustentados solamente en su conciencia moral) dialogan constantemente con los niños y los jóvenes ofreciéndoles los bienes más formativos y trabajan directamente con el ser espiritual de sus alumnos, buscando siempre tocar y captar la entraña de la persona. Cuando están con un niño, un colega o un padre de familia, piensan y sienten empáticamente; se preguntan quién es realmente la persona que está frente a ellos; leen su lenguaje no verbal, escuchan atentamente lo que dice y "lo que no dice"; perciben lo que "la vida reclama" en ese momento a través de su interlocutor y están dispuestos a ser útiles.

La herramienta pedagógica más valiosa con que cuentan los maestros es la imaginación solidaria; cuando uno mira con atención a un hombre o a una mujer –escribe Graham Green– siempre llega a sentir piedad...esa es una de las cualidades que la imagen de Dios trae consigo. Cuando miráis las arrugas, la forma de la boca, el modo de crecer el pelo, es imposible odiar. El odio no es más que un fracaso de la imaginación. "En esto radica la más alta forma de simpatía y comprensión entre los seres humanos, pues permite vislumbrar y sentir con claridad y hondura el problema, el sufrimiento y la lucha, tantas veces heroica, de los otros: SER significa ser percibido. Cuando se logra esta comunicación profunda de persona a persona, los procedimientos y las soluciones pedagógicas se dan por añadidura, emergen de manera intuitiva y todo se va acomodando y comprendiendo naturalmente.

El maestro auténtico confía plenamente en su experiencia y en su intuición, en la sensibilidad del momento y, sobre todo, en el valor absoluto de la persona. Por ello más allá del grado escolar en que laboran o de la disciplina que imparten, estos maestros le dicen de manera abierta o silenciosa a todos y cada uno de sus alumnos: acuérdate de ser hombre; preocúpate por ser tú mismo; aprende a mirar desde los otros y, sobre todo, cuida de la verdad; la verdad que no pertenece a nadie, sino que es una búsqueda dialógica abierta a todo el mundo: La vocación de la humanidad por la humanidad. (9).

Notas y referencias

- 1) Ver por ejemplo: Esteva, J. El malestar docente. Barcelona, Laia, 1989 y Abraham, A. El enseñante también es persona. Barcelona, Gedisa, 1982.
- 2) James, W. Citado por Ramón Xirau. Introducción a la Historia de la Filosofía. México, UNAM, 1980. p. 353.
- 3) “Una persona es un ser espiritual constituido como tal por una forma de subsistencia y de independencia en su ser; mantiene esta subsistencia mediante su adhesión a una jerarquía de valores libremente adoptados, asimilados y vividos en un compromiso responsable y en una constante conversión; unifica así toda su actividad en la libertad y desarrolla, a impulsos de actos creadores, la singularidad de su vocación”Mounier, E. Manifiesto al servicio del personalismo. Madrid, Taurus, 1965.pp. 71 y 72.
- 4) Adoptamos el concepto de vocación de José Ortega y Gasset: “La conciencia que cada hombre tiene de su más auténtico ser que está llamado a realizar”. La vocación es el sentimiento de una armonía entre lo que tenemos que hacer y los dones que hemos recibido.
- 5) Foulquié, P. Diccionario de pedagogía. Barcelona, Oikos-tau, 1976.p.257.
- 6) Emerson, R.W. Ensayos. Madrid, Aguilar, 1960.p 83.
- 7) La ciencia y el cientificismo son completamente distintos.”El cientificismo- escribe Nicolás Bardiev-supone la transposición de criterios científicos a otros dominios de la vida espiritual, extraños a la ciencia; impone la noción según la cual la ciencia es el criterio por excelencia, superior a todos los otros y que confiere, en consecuencia, a sus soluciones un alcance decisivo y universal. El cientificismo pretende introducir un método único, relegando así a las humanidades”Berdiev, N.El sentido de la creación. Buenos Aires, Carlos Lolhé, 1978.p.24.
- 8) Rogers, C. El proceso de convertirse en persona. Buenos Aires, Paidós, 1972.p 244.
- 9) Gusdorf, G. Para qué los profesores. Madrid, E.D.I.C.U.S.A, 1969.p.296.

*Mérida, Yucatán
Enero de 2006